

La revolución conservadora en la República de Weimar. Definición, orígenes y grupos integrantes¹

César Ortega Esquembre
Universidad de Valencia 

<https://dx.doi.org/10.5209/ref.92983>

Recibido: 12/12/2023 • Aceptado: 29/07/2024

Resumen: el objetivo de este trabajo es ofrecer una reconstrucción de la llamada revolución conservadora de la República de Weimar. Para ello se dan tres pasos fundamentales. En primer lugar, se ofrece, de manera muy esquemática, una historia del pensamiento político conservador europeo, diferenciando cuatro de sus fases más importantes. Tras ello se analizan algunos de los orígenes intelectuales de la revolución conservadora. Por último, se reconstruyen los cinco grupos en que se divide el movimiento: los *Völkisch*, los *Jungkonservativen* o jóvenes conservadores, los *Nationalrevolutionäre* o nacionalrevolucionarios, los *Bündischen* o ligas juveniles, y el *Landvolkbewegung* o movimiento campesino.

Palabras clave: revolución conservadora; modernidad; nacionalismo.

ENG The Conservative Revolution in the Weimar Republic. Definition, origins and member groups

Abstract: the aim of this paper is to offer a reconstruction of the so-called conservative revolution of the Weimar Republic. The work is divided into three sections. I first offer a schematic history of European conservative political thought by distinguishing four of its most important phases. In the second section I discuss some of the intellectual origins of the conservative revolution. Finally, I reconstruct the five groups in which this movement can be divided: the *Völkisch*, the *Jungkonservativen* or young conservatives, the *Nationalrevolutionäre* or national revolutionaries, the *Bündischen* or youth leagues, and the *Landvolkbewegung* or peasant movement.

Keywords: conservative revolution; modernity; nationalism.

Sumario: 1. Introducción; 2. Fases del pensamiento político conservador; 3. Definición y orígenes de la revolución conservadora; 4. Grupos integrantes de la revolución conservadora; 4.1. El grupo de los *Völkisch*; 4.2. El grupo de los *Jungkonservativen*; 4.3. El grupo de los *Nationalrevolutionäre*; 4.4. El grupo de los *Bündischen*; 4.5. El grupo del *Landvolkbewegung*; 5. Conclusiones; 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Ortega Esquembre, C. (2025) "La revolución conservadora en la República de Weimar. Definición, orígenes y grupos integrantes", *Revista de Filosofía* 50 (2), 369-380.

¹ La realización de este trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación "Ética discursiva y Democracia ante los retos de la Inteligencia Artificial" PID2019-109078RB-C21 y PID2019-109078RB-C22, financiado por MCIN/ AEI /10.13039/501100011033

1. Introducción

No es infrecuente hallar en la historia de la filosofía social y política moderna diagnósticos críticos con la sociedad de cada época. Estos diagnósticos abarcan el amplio espectro que va desde el antimodernismo radical de los tempranos antiilustrados hasta las posiciones matizadas de los autores socialdemócratas, republicanos o liberales. Aunque los estudios sobre estos diagnósticos han sido y son objeto de investigaciones minuciosas, resulta llamativa la relativa desatención hacia cierto tipo de diagnósticos que, dado quizás su radicalismo político, no han superado la prueba del tiempo. Entre ellos destaca de forma particular el tipo de crítica de la modernidad practicada por la llamada revolución conservadora de la República de Weimar. El objetivo de este trabajo es ofrecer una reconstrucción de esta constelación de autores, partiendo de la convicción de que, al margen de su significación política, ella constituye uno de los períodos filosóficamente más relevantes del pensamiento político conservador europeo. Para ello daré tres pasos fundamentales. En primer lugar, ofreceré, de manera muy esquemática, una historia del pensamiento político conservador europeo, diferenciando cuatro de sus fases más importantes: el conservadurismo contrarrevolucionario y antiilustrado de finales del siglo XVIII, el conservadurismo liberal de mediados del siglo XIX, el conservadurismo revolucionario del periodo de entreguerras y el neoconservadurismo que surge después de la Segunda Guerra Mundial. Tras ello me centraré en la tercera de estas fases, y analizaré, en la segunda sección, algunos de los orígenes intelectuales de la revolución conservadora. Estos orígenes han de ser localizados en algunos textos de Thomas Mann, Hugo von Hofmannsthal y Oswald Spengler, todos ellos de inspiración fuertemente nietzscheana. Por último, reconstruiré los cinco grupos en los que Armin Mohler divide este movimiento: los *Völkisch*, los *Jungkonservativen* o jóvenes conservadores, los *Nationalrevolutionäre* o nacionalrevolucionarios, los *Bündischen* o ligas juveniles, y el *Landvolkbewegung* o movimiento campesino (Mohler, 2006).

2. Fases del pensamiento político conservador

A la hora de diferenciar las distintas familias políticas y las diversas formas de crítica de la modernidad, el momento histórico decisivo es sin ninguna duda las últimas dos décadas del siglo XVIII, cuando los procesos revolucionarios en los ámbitos político-económico y cultural pusieron a la intelectualidad europea ante la disyuntiva de un “sí” o un “no” filosóficamente fundamentado. Un “sí” rotundo lo encontramos en el pensamiento liberal. Un “no” rotundo lo encontramos en el pensamiento contrarrevolucionario. Entre ambos extremos, históricamente podemos hallar posturas intermedias: algunas son favorables al proceso de racionalización cultural, pero contrarias al incipiente capitalismo industrial (por ejemplo, el socialismo); otras, en cambio, apoyan la nueva forma de organización económica, pero se oponen a lo que entienden como la decadencia cultural de la modernidad (por ejemplo, el neoconservadurismo). En lo que sigue me centraré en ofrecer una sucinta reconstrucción, en términos de historia de las ideas políticas, de los diagnósticos que podemos denominar “conservadores”.

Antes de avanzar los cuatro estadios en los que, a mi juicio, puede a muy grandes rasgos dividirse la historia del pensamiento político conservador europeo, quisiera bosquejar, sirviéndome para ello de la interpretación de Karl Mannheim, algunos rasgos generales del pensamiento conservador. Ciertamente, y tal y como sostiene Martin Greiffenhagen, las definiciones generales del conservadurismo resultan muy difíciles, y ello por la sencilla razón de que el conservadurismo, a diferencia del liberalismo o el socialismo, siempre es el producto de una tradición político-cultural particular, justamente aquella que quiere conservar (Greiffenhagen, 1979: 611). No obstante, Mannheim muestra cómo el conservadurismo puede entenderse, al menos, de dos formas diferentes. En primer lugar, como un fenómeno universal existente a lo largo de la historia. En segundo lugar, como un producto típico de las condiciones históricas de la edad moderna. Propone llamar “tradicionalismo” al primer tipo, y “conservadurismo” en sentido estricto al segundo. Mientras que el primero significa una tendencia, meramente reactiva, a aferrarse a viejas formas de vida ante los procesos de cambio, y consiste eminentemente en un fenómeno psicológico, el segundo hace referencia a una estructura mental objetiva que surge a finales del siglo XVIII como reacción a otra estructura objetiva, a saber, la del liberalismo burgués (Mannheim, 1953). En lo que sigue utilizaré el término “conservadurismo” en su segundo sentido.

Uno de los rasgos definitorios que Mannheim atribuye al conservadurismo es su reivindicación del pensamiento de lo concreto frente a las abstracciones modernas. El pensamiento progresista cristalizado en la Revolución Francesa debía operar necesariamente de forma abstracta, pues no habitaba en ese momento en lo real, sino «en lo potencial y lo posible». Frente a ello, el pensamiento de aquellos que buscaban «preservar el presente y retardar el progreso» debía ser necesariamente concreto. Por lo demás, el pensamiento conservador emergió como una corriente opuesta de forma radical a los contenidos y modos de pensar del iusnaturalismo. Todos los elementos del derecho natural, como la hipótesis del estado de naturaleza, la doctrina del contrato social, la doctrina de la soberanía popular y la defensa de los derechos inalienables del ser humano son despreciados como meras abstracciones metafísicas. Por último, la

forma de experiar el tiempo difiere en los casos del pensamiento liberal y el conservador. Mientras que los primeros experimentan el presente «como el inicio del futuro», los segundos lo hacen como «el último punto alcanzado por el pasado» (Mannheim, 1953: 111-112).

Sobre la base de esta breve caracterización preliminar, que habrá de servir como anticipación hermenéutica de un sentido global a comprender en lo que sigue, podemos diferenciar ahora los cuatro estadios principales en los que, insisto que de manera solamente analítica y muy vaga, puede dividirse la historia del pensamiento conservador europeo. El primero de estos estadios, que constituye el momento germinal del pensamiento conservador, se encuentra en las críticas contrarrevolucionarias y tradicionalistas a la Revolución Francesa y a los nuevos aires ilustrados. Los defensores de este primer estadio, entre los que se cuentan Edmund Burke (2016), Joseph de Maistre (2015), Louis de Bonald (1988) o Juan Donoso Cortés (2014), se resistían a organizarse institucionalmente, pues, como ha señalado Klaus von Beyme, entre ellos existía la «aristocrática pretensión de ser algo más que un mero partido» (von Beyme, 1985). Esta primera forma de conservadurismo es ante todo contrarrevolucionaria, monárquica y cristiana.

Ahora bien, aunque el conservadurismo nace como reacción antiburguesa, a partir de 1830 la contraposición entre conservadurismo contrarrevolucionario y pensamiento burgués dejó de ser operativa para explicar la realidad social y política. Desde este momento, que coincide exactamente con el surgimiento de la «cuestión social» y la aparición de los primeros socialistas (Honneth, 2017), el conservadurismo operó una aproximación al liberalismo, como se puede ver, por ejemplo, en el conservadurismo liberal español de un Cánovas del Castillo o en el conservadurismo alemán de Lorenz von Stein o Fredrich Julius Stahl. Esta constituye la segunda fase del pensamiento conservador.

El tercer impulso decisivo ocurre a partir de 1917, con el surgimiento de la llamada revolución conservadora gestada en el interior de la República de Weimar. Este tercer estadio, que incluye a autores tan diferentes entre sí como Oswald Spengler, Ernst Jünger, Carl Schmitt o Arthur Moeller van den Bruck, opera al modo de una reacción contra el decadente sistema parlamentario burgués encarnado en la República de Weimar. A partir de este momento, que puede entenderse como un nuevo alejamiento entre liberales y conservadores, algunos de los principales conservadores alemanes adoptaron una posición revolucionaria que poco tenía ya que ver con la vieja derecha alemana defensora de Guillermo II. Como aún veremos, en esta fase se abandona el elemento monárquico del viejo conservadurismo en favor de una idea no legitimista del caudillaje, se procede a una suerte de mitificación del pueblo (*Volk*) y se adopta una postura nacionalista radical.

En cuarto y último lugar, el conservadurismo alcanza un nuevo estadio con el denominado «neoconservadurismo» (Dubiel, 1993). Tras la Segunda Guerra mundial, los pensamientos de la revolución conservadora fueron naturalmente apartados de la vida académica y la opinión pública, de manera que el conservadurismo tuvo que abandonar el tipo de léxico al que estuvo acostumbrado entre 1918 y 1945 (*Volk, Reich, Schicksalsgemeinschaft*) y buscar un nuevo vocabulario. A partir de este momento surge una nueva forma de conservadurismo muy heterogénea, que va desde la tradición tecnocrática alemana (Arnold Gehlen, Helmut Schelsky o Niklas Luhmann) hasta el nuevo conservadurismo normativo alemán y norteamericano (Leo Strauss, la Escuela de Ritter, Russell Kirk o Daniel Bell), pasando por el libertarismo económico (Friedrich von Hayek, Milton Friedman o Robert Nozick).

3. Definición y orígenes de la revolución conservadora

Como hemos visto, es propio del pensamiento contrarrevolucionario aspirar a una suerte de restauración del orden previo a la Revolución Francesa, el orden monárquico de orientación cristiana. En un famoso pasaje de sus *Consideraciones sobre Francia*, Joseph de Maistre sintetiza su tesis con las siguientes palabras: «la restauración de la monarquía, que llaman *contrarrevolución*, no será una *revolución de signo contrario*, sino *lo contrario de la revolución*» (De Maistre, 2015: 174). Esta frase deja claro el carácter rigurosamente estático de este primer estadio. No se trata de *crear*, mediante el ejercicio revolucionario, un orden nuevo y contrario al instaurado por la Revolución Francesa, sino de *restaurar* algo que ya había existido antes, y que estos autores observan con la nostalgia propia de aquel que ha perdido algo valioso. Si quisieramos caracterizar en una sola frase el tipo de conservadurismo que lleva a cabo la revolución conservadora, entonces bastaría con invertir la sentencia de de Maistre: la revolución conservadora *no es lo contrario de la revolución*, sino *una revolución de signo contrario* (Benoist, 2018).

Tal y como lo expresa Hans Freyer en un texto de 1931, «un nuevo frente se forma en el campo de batalla de la sociedad burguesa: la revolución de derechas» (1931: 5). En los representantes de esta tradición de pensamiento no se trataba ya de restaurar un pasado perdido, en este caso el *Reich* del Kaiser Guillermo, sino de transformar revolucionariamente el estado en que Alemania se encontraba después de la derrota en la I Guerra Mundial. Esta revolución, sin embargo, estaba orientada por valores típicos del pensamiento conservador, por lo que bien puede decirse que sus autores practicaron una suerte de conservadurismo *orientado hacia el futuro*. Se aspiraba, usando una frase del poeta Rudolf Borchardt habitualmente empleada en estos círculos, al «re-derrocamiento de un derrocamiento», es decir, a la destrucción de un

régimen, la República de Weimar, que era observado como el derrocamiento de la tradición política genuinamente alemana. Hugo von Hofmannsthal, uno de los precursores espirituales del movimiento, se refiere a este gesto intelectual con la expresión de una «restauración creadora» (1977:333).

La revolución conservadora fue un movimiento intelectual y político estrictamente acotado en el tiempo (1918-1932) y en el espacio (Alemania). Aunque nunca se presentó como un movimiento unificado con pretensiones partidistas definidas, sino más bien como una constelación de autores y grupos con intereses teóricos y prácticos similares, existen naturalmente algunos elementos compartidos. Entre estos elementos destacan el rechazo del igualitarismo y el universalismo moral propios de la Ilustración, la aversión hacia el liberalismo y el parlamentarismo, un profundo sentimiento de humillación derivado de las condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles, la experiencia compartida de haber participado en las trincheras durante la Gran Guerra, un fuerte nacionalismo contrario al internacionalismo bolchevique y, por encima de todo, la convicción de que Alemania debía prepararse para un segundo conflicto armado que serviría como punto de partida para un resurgir del *Volk* alemán. Tras el final de la guerra, y con el surgimiento de las llamadas *Auslandsdeutsche* o minorías nacionales alemanes fuera del ahora menguado territorio alemán (Núñez Seixas, 1994), comenzó a brotar la idea de un reagrupamiento de la gran comunidad nacional alemana (*Volksgemeinschaft*). He aquí el célebre programa de extensión territorial del *Lebensraum*. La esperanza en este resurgir bajo el empuje de un tipo humano heroico y profundamente antiburgués encuentra su inspiración filosófica más importante, naturalmente, en el pensamiento de Nietzsche (Kaufmann y Sommer, 2018).

Antes de adentrarme, en la tercera sección, en cada uno de los cinco grupos en los que Armin Mohler divide esta constelación de pensamiento, me gustaría presentar a tres autores que, no perteneciendo estrictamente a ninguno de estos grupos, influyeron de forma decisiva en la temprana configuración del movimiento. Estos autores son Thomas Mann, Oswald Spengler y Hugo von Hofmannsthal.

Thomas Mann fue el primer autor en utilizar el término “revolución conservadora”. En un ensayo de 1921 titulado “Zum Geleit”, el célebre creador de obras inmortales de la literatura universal como *La montaña mágica* o *Los Buddenbrooks* afirmaba lo siguiente: «el conservadurismo debe tener espíritu (*Geist*) para ser más revolucionario que cualquier Ilustración positivista-liberal, y Nietzsche mismo no fue desde el principio [...] nada más que una revolución conservadora» (Mann, 1921: 293). Ahora bien, el texto que hizo de Mann uno de los precursores intelectuales de la revolución conservadora no fue este ensayo, sino su libro de 1918 *Consideraciones de un apolítico*. La obra constituye un extenso diario reflexivo redactado durante los años de la Gran Guerra, en la que Mann participó activamente. La figura de Nietzsche aparece presente desde el comienzo. En su crítica de la cultura, en esa «autonegación del espíritu en beneficio de la vida», cree ver Mann la más grandiosa culminación de la liberación alemana respecto a los viejos ideales ilustrados y democratizadores (Mann, 1978). Sobre la base de esta fundamental referencia, Mann establece una diferenciación, de incalculable importancia dentro del pensamiento conservador revolucionario, entre “cultura” (*Kultur*), donde incluye fundamentalmente a Alemania, y “civilización” (*Zivilisation*), donde incluye a los países latinos y anglosajones. Esta diferencia tiene que ver con la contraposición entre espíritu y democracia, entre comunidad y sociedad, entre libertad en sentido auténtico y mero derecho al voto. Todo el libro, por tanto, gira en torno a esta antítesis entre germanismo y civilización, pues a juicio de Mann «el espíritu político como ilustración democrática y civilización humana es antialemán» (Mann, 1978: 18).

Si bien esta obra constituye, en rigor, la primera declaración programática de la revolución conservadora, lo cierto es que no fue éste el texto que influyó de forma más decisiva en su configuración. Parece existir consenso a la hora de atribuir a *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, este honor. Su influencia fue tan radical, que José Ortega y Gasset no vaciló en calificarla como «la peripecia intelectual más estremecedora» del momento (Ortega y Gasset: 2011: 14). Ante todo, *La decadencia de Occidente*, publicada en dos volúmenes entre 1918 y 1922, es una monumental propuesta de filosofía de la historia, de acuerdo con la cual las culturas constituyen el auténtico sujeto de la historia y han de ser comprendidas al modo de seres biológicos que atraviesan tres etapas básicas: la juventud, la madurez y la decadencia. Su tesis fundamental es que la cultura occidental se encuentra hoy en la última de estas etapas. En este sentido, Spengler emprende el intento sistemático de ofrecer una morfología de la historia universal, capaz de mostrar la necesidad orgánica del devenir histórico.

Al igual que hace Mann, Spengler establece una diferenciación entre “cultura” y “civilización”, si bien da un sentido diferente a estos conceptos. A su modo de ver, la civilización es el inevitable *sino* de toda cultura, es decir, el momento en que ella queda sedimentada en formas muertas: es el momento de su decadencia, de la total extenuación de sus posibilidades inmanentes. Como se puede ver, a diferencia de Mann, Spengler no cree que a Alemania le sea extraña la noción de “civilización”, pues, como parte integrante de la cultura occidental, ella misma está condenada a esta decadencia. Significativamente, Spengler ubica el inicio de este declive en la Revolución Francesa, que define literalmente como «el tránsito de la cultura a la civilización» (Spengler, 2011: 232). La crítica cultural de Spengler adopta un tono inconfundiblemente nietzscheano en lo que hace a las esferas de la moral y el derecho. Como Nietzsche, Spengler rechaza la idea de una moral universalista, válida para todos los tiempos y todas las culturas. La

moral y el derecho no son sino el resultado de unas dinámicas de poder subyacentes a cada cultura, y las formas triunfantes en cada caso no son otra cosa que aquellas que el fuerte logra imponer sobre el débil. En un estilo ciertamente no muy alejado del tipo de elitismo antiigualitario que encontramos en los viejos contrarrevolucionarios –y sin duda también en Nietzsche–, Spengler emprende una feroz crítica contra la «plebe informe que se desparrama por las grandes ciudades». Esta plebe, que se hace llamar “pueblo” o “nación” desde la Revolución Francesa, no es sino una masa desarraigada, un compendio de “los muchos” en lugar de “los mejores”. A su vez, Spengler reivindica “virtudes” como la obediencia, la disciplina, el sacrificio en pos de la nación, la renuncia a toda forma de crítica o la confianza en la dirección del caudillo, que está más allá de lo verdadero y lo falso. «Hay momentos», dice, y ciertamente cree que pronto llegará a Alemania uno de esos momentos, «en que un individuo se sabe idéntico con el sino y centro del universo y siente su personalidad casi como la cáscara en que la historia del futuro está formándose». Este nuevo hombre, extasiado por una auténtica voluntad de poder, se convierte entonces en creador de una nueva vida, en «fundador espiritual de una raza joven» (Spengler, 2011: 544).

La tercera referencia ineludible para comprender los orígenes intelectuales de la revolución conservadora la encontramos en Hugo von Hofmannsthal. El propio término “revolución conservadora”, que, como hemos visto, había sido usado por Thomas Mann ya en 1921, solamente se convirtió en un concepto clave entre la intelectualidad alemana de derechas a partir de la aparición del libro de Arthur Moeller van den Bruck *El tercer Reich*, de 1923, y de una conferencia pronunciada por Hugo von Hofmannsthal en 1927 bajo el título de *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation*. La pertenencia de Hugo von Hofmannsthal a la revolución conservadora ha sido en ocasiones discutida. Tal y como muestra Clara Ramas San Miguel en un estudio reciente, su propuesta sobre Europa supone un claro punto de desencuentro con respecto al nacionalismo prusiano típico del resto de autores (Ramas San Miguel, 2019). En efecto, los revolucionarios conservadores no suelen tener en mente un modelo imperial para la sociedad del futuro, sino un modelo estrictamente nacional. Frente a esta idea, Hugo von Hofmannsthal, socializado en pleno Imperio Austro-Húngaro, cree que la nueva sociedad debe tomar una dimensión transnacional, pues el espíritu germano posee un carácter universalista. Al margen de la compleja noción de “Europa” que Hofmannsthal manifestó en sus diversos discursos, la conferencia *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation* se ha convertido en un texto programático de la revolución conservadora. Su tesis de partida es que existe un vínculo espiritual que une a todos los individuos de una misma comunidad nacional, vínculo que es preciso buscar en la literatura entendida en un sentido amplio (*das Schrifttum*). Partiendo de esta idea, Hofmannsthal emprende una exaltada defensa de la conciencia de particularidad del pueblo alemán. Igual que hacen Mann y Spengler, Hofmannsthal recurre significativamente a Nietzsche, al que define como el gran «filósofo alemán de la educación», para describir un tipo de mentalidad típicamente alemana, renovadamente orgullosa y dispuesta a emprender una transformación radical: «el proceso del que hablo», dice Hofmannsthal en un conocido pasaje, «no es más que una revolución conservadora de un alcance desconocido para la historia europea» (von Hoffmannsthal, 1927).

4. Grupos integrantes de la revolución conservadora

Una vez expuesta, en primer lugar, una breve historia del pensamiento conservador europeo y sus fases fundamentales; y en segundo lugar una contextualización del significado y los orígenes de la tercera de esas fases, es decir, la revolución conservadora, quisiera en tercer lugar exponer los cinco grupos que componen esta tradición.

4.1. El grupo de los *Völkisch*

El primero de estos grupos, y tal vez el más controvertido de todos, es el llamado movimiento *Völkisch*. Este movimiento, cuya influencia en la revolución conservadora fue reduciéndose a lo largo de los años treinta, toma su nombre, por supuesto, del término alemán “Volk”, que podemos traducir como “pueblo”. La idea de “Volk” hizo fortuna en el pensamiento alemán de finales del siglo XVIII, es decir, en el contexto del Romanticismo temprano (Hare y Link, 2019). Frente a las ideas de “civilización” o “Estado”, el concepto “Volk” pretendía apresar una especie de auto-identificación de lo alemán de naturaleza más profunda. El “Volkgeist” o “espíritu del pueblo”, término introducido por Herder, se manifiesta en la moral, las costumbres, las formas artísticas, el lenguaje o incluso el clima propios de Alemania. Los estudiosos de la por entonces recién creada Germanística, como los hermanos Grimm o Karl Müllenhoff, dedicaban sus esfuerzos a rastrear las raíces originales de las primeras sagas del pueblo alemán, acudiendo para ello a canciones o textos folclóricos. Ahora bien, sobre todo como consecuencia de una tendencia crecientemente positivista, inspirada por disciplinas como la geografía o la biología, este tipo de estudios empezó a adoptar poco a poco un carácter político. Justamente en este contexto, entre finales del siglo XIX y principios del XX, surgió el movimiento *Völkisch*, que conectó los estudios sobre la raza y la territorialidad con objetivos políticos radicalmente conservadores (Hare y Link, 2019: 590). Los idearios *völkisch* fueron acogidos con gran entusiasmo por los nacionalsocialistas, que aspiraban, como es sabido, a la creación

de una *Volksgemeinschaft* o comunidad popular². Hacia 1920, el movimiento *Völkisch* se ocupaba fundamentalmente de buscar una definición biológico-orgánica del pueblo alemán, sustentada en convicciones racistas, étnico-nacionalistas, antimodernistas y antisemitas.

Otro rasgo característico del movimiento *Völkisch* fue una especie de combinación entre lo que se denominaba “cristianismo germano” o “cristianismo arializado” y los programas neo-paganos. Los miembros del movimiento más preocupados por la cuestión religiosa, como Jakob Wilhelm Hauer, Houston Stewart Chamberlain o Guido von List, reivindicaban la necesidad de una religiosidad específicamente alemana. Según la tesis del cristianismo arializado, los israelitas, entre ellos el propio Jesús, no fueron en realidad judíos, sino arios, el pueblo ario de Palestina, por lo que el cristianismo mismo no tendría una fuente judía, sino ario-germánica (Koehne, 2014). Según la tesis neo-pagana, por su parte, Alemania debía aspirar más bien a una suerte de resurgimiento de una religión pre-cristiana propia de los germanos primigenios. Esta segunda interpretación tiene que ver con la denominada “tesis nórdica”, según la cual los arios habitaron originalmente la región polar, llegando solo mucho más tarde a Europa en grandes migraciones. Samuel Koehne ha tratado de probar la relación entre los movimientos *völkisch* y nacionalsocialista recurriendo a este elemento religioso. A fin de entender la forma en que los nazis se relacionaron con el cristianismo, Koehne analiza cómo transcurrieron las celebraciones navideñas durante los primeros años de existencia del partido (Koehne, 2014; Hastings, 2018). Según se desprende de algunos informes del *Völkischer Beobachter*, la celebración pública de la Navidad organizada por el partido fue un evento enteramente pagano.

En resumen, todas las ideas del movimiento *völkisch* estaban orientadas a mostrar la superioridad de la raza germánica. Cuando llegaron al poder, los nazis adoptaron esta herencia *völkisch* radicalizada. Personalidades como Max Gruber o August Hallermeyer entendieron que el poder de la raza alemana estaba siendo amenazado por una degeneración intolerable: la de la mezcla racial. En consecuencia, se propuso el cultivo de los elementos racialmente “mejores” mediante la institucionalización de programas de higiene racial y eugenesia positiva. El movimiento *völkisch* terminó por alejarse, así pues, de los idearios filosóficamente más elaborados de los revolucionarios conservadores, que nunca asumieron una noción biologicista de la raza, convirtiéndose por fin en un mero instrumento de propaganda al servicio del régimen nazi. Con el final de la guerra y la «bancarrota intelectual de la política de extrema derecha», los estudios *völkisch* perdieron finalmente toda credibilidad epistémica (Hare y Link, 2019).

4.2. El grupo de los *Jungkonservativen*

Los *Jungkonservativen* o jóvenes conservadores conforman el grupo más importante de la revolución conservadora. Sus principales miembros se organizaron en torno al llamado “Juni-Klub”, un círculo de intelectuales de derecha fundado en Alemania en junio de 1919, coincidiendo con la firma del Tratado de Versalles. Los jóvenes conservadores, entre los que destacan Heinrich von Gleichen, Edgar Julius Jung y, por encima de todos ellos, Arthur Moeller van den Bruck, se opusieron a las formas de organización política de los países europeos occidentales, es decir, a las democracias de masas, los partidos políticos y el parlamentarismo. Por lo demás, la revolución conservadora debía operar a juicio de estos autores sobre la base de ciertos valores supraindividuales metafísicamente justificados, más allá de las abstracciones inauguradas con las “ideas de 1789”.

El contenido del término “joven conservador” estuvo determinado por la nueva definición de “conservador” que Moeller van den Bruck ofreció en su libro de 1923 *El tercer Reich*, un libro que muy pronto se convirtió, como afirma Armin Mohler, en «la Biblia de todos aquellos que, desde la derecha, trabajaban para una renovación de la vida política y de la nación» (Mohler, 2006)³. Mediante una reconstrucción del devenir de la nación alemana, la obra pretende recuperar la continuidad histórica del *Reich* alemán, interrumpida primero con la disolución del Sacro Imperio Romano Germánico tras la victoria de Napoleón en la batalla de Austerlitz de 1806, y, tras la victoria de Bismarck sobre la Francia de Napoleón III en 1871 y la reunificación y conformación del II Reich (1871-1918), nuevamente con el derrumbamiento de la monarquía de los Hohenzollern y Guillermo II en 1918. Ahora bien, Moeller ya no apuesta tanto por un modelo imperial, cuanto por un modelo nacional (Ramas San Miguel, 2018).

El rechazo de la República no debe ser entendido como una expresión de nostalgia política, propia de pensadores de corte tradicionalista o reaccionario. Frente al actuar esencialmente no creativo del reaccionario, el conservador revolucionario se orienta siempre activamente hacia el futuro, aunque pretenda así garantizar una continuidad histórica de valores considerados eternos. Moeller reivindica «una concepción

² No en vano, el periódico oficial del partido nazi desde comienzos de los años veinte fue el *Völkischer Beobachter*.

³ Aunque, tras 1933, la idea de un “tercer Reich” pasaría a tener una significación extrema, lo cierto es que Moeller van den Bruck, que se suicidó en 1925 con tan solo 49 años, no tenía vinculación alguna con Hitler y los nacionalsocialistas. En el momento de la redacción del libro, el partido nacionalsocialista no era sino una más de entre las muchas formaciones políticas de derecha radical de la República de Weimar. Tal y como señala Ángel Fernández, Van den Bruck había conocido a Hitler en 1923, y en general su recepción dentro del Juni-Klub fue indiferente e incluso hostil. Véase Fernández, 2015.

revolucionaria del pensamiento conservador», pues a su juicio «las épocas de restauración han sido siempre las más vacías y privadas de todo valor y poder» (Moeller van den Bruck, 2015: 24). Algunos de los rasgos típicos que el autor atribuye al carácter genuinamente conservador, a diferencia de ese «depósito de antigüallas» con el que define al carácter reaccionario, son los siguientes: seguridad de la nación, mantenimiento de la familia, orden de vida basado en la disciplina y la seguridad a través de la autoridad o reconocimiento del vínculo que los sujetos tienen con raíces profundas y trascendentes.

Moeller cree que solamente un acto revolucionario, del que hasta la fecha ha carecido Alemania, logaría dar a la existencia política alemana una forma plenamente nacional. Ahora bien, a diferencia del movimiento revolucionario comunista, que posee un carácter marcadamente internacionalista, la revolución conservadora habría de ser rigurosamente alemana. No se trata ya tanto de problemas de clase, cuanto de problemas de pueblos. Este “socialismo” alemán, que no se dirige a la destrucción del pasado heredado, sino que busca conservar en el acto revolucionario los valores eternos, constituye el presupuesto de la nueva revolución conservadora. Como podemos ver de forma muy clara tanto en Moeller como en Spengler, el verdadero enemigo de la revolución conservadora no es el socialismo, sino el liberalismo. He aquí lo que los une, por mucho que el revolucionario socialista entienda al liberal como un explotador capitalista, y el conservador revolucionario como «el portador político de una concepción de vida racionalista y utilitarista» (Moeller van den Bruck, 2015: 276).

Moeller ve en el constitucionalismo y la democracia una apología de lo mediocre, una nivelación de las personas hasta quedar convertidas en mera masa y un odio al genio y la gran personalidad. Y en Nietzsche ve, justamente, la contrapartida a los impulsos niveladores de la democracia, el liberalismo y el socialismo pervertido. En la era de la moral del rebaño y el sufragio universal, Nietzsche ha actuado como restaurador de un orden jerárquico, y es ésta justamente la vía que debe seguir Alemania para recuperar su identidad perdida. Esta vía debe ser orientada, y aquí nos encontramos con otro de los elementos típicos de la revolución conservadora, por un líder fuerte, autoritario y carismático, en cuya voluntad individual quede encarnada la voluntad del pueblo mismo. Este líder podría poner en armonía las reivindicaciones del proletariado con los intereses de la nación, y solamente así habría esperanza para la aparición de un Tercer Reich. Esta nueva concepción del mando como “guía” (*Führer*) no se basa ya en la idea legitimista del poder heredado dinámicamente, sino en la idea caudillista del poder conquistado mediante la acción y la decisión radical. El decisionismo político constituye, de hecho, un elemento central de la teoría de la soberanía que subyace a esta constelación de autores, una teoría finamente sistematizada por Carl Schmitt (Schmitt, 2013). La nueva voluntad, que quiere efectivamente conservar todo lo que en Alemania es digno de ser conservado y con ello garantizar una continuidad histórica dos veces quebrada, ya no se entiende a sí misma como meramente conservadora, sino sobre todo como nacionalista y revolucionaria. No es de extrañar, por tanto, que junto a los *völkisch* y los jóvenes conservadores surgiera un tercer grupo que apelaba directamente a esa juventud que había ganado la conciencia nacional en las trincheras, y al que se ha dado el nombre de “nacional-revolucionarios”.

4.3. El grupo de los *Nationalrevolutionäre*

El tipo de nacionalismo alemán surgido después de la derrota en la Gran Guerra poseía algunas características particulares que lo diferencian de otras formas de nacionalismo típicas del siglo anterior. Entre ellas destacan las siguientes: una firme voluntad de reunificar la gran comunidad popular alemana a fin de garantizar la vida en común de todas las minorías nacionales alemanas dispersadas por otros lugares tras las pérdidas territoriales; el rechazo de un retorno nostálgico a una nación perdida en favor de la idea de un salto hacia adelante de naturaleza revolucionaria; una anatematización de cualquier fuerza que se opusiera a este camino revolucionario; un intento por preparar a la nación para un segundo conflicto armado que necesariamente habría de llegar; y la búsqueda de aliados en otras “jóvenes naciones” dispuestas a luchar también contra los poderes garantes del Tratado de Versalles (Mohler, 2006). El nacionalismo, en suma, era visto como una «fiebre saludable» que debía apoderarse de la juventud alemana.

Algunos de los principales miembros de los nacional-revolucionarios fueron Ernst Niekisch, Ernst von Salomon, los hermanos Gregor y Otto Strasser y, por encima de todos ellos, Ernst Jünger. Algunos de ellos pertenecieron a los *Freikorps*, un cuerpo de soldados voluntarios creados por la joven República para defender las fronteras del Báltico, y entre sus filas hubo actos de terrorismo político y reivindicaciones explícitas de la dictadura. Los intelectuales y agitadores políticos de este grupo, todos ellos integrantes de la conocida como “generación del frente”, extraían la fuerza necesaria para su promulgado salto hacia adelante de la experiencia vivida en las grandes batallas de la I Guerra Mundial, y por eso todos ellos medían el valor de una organización política de acuerdo con virtudes bélicas como la disciplina, el autoritarismo, la valentía y la camaradería. En un artículo publicado en la revista *Gewissen* en 1925, Ernst Jünger se refiere a los soldados del frente como «la parte más valiosa y la fuerza más selecta del pueblo» (Jünger, 2001a; Jünger, 2001b). Ernst von Salomon, por su parte, los define en su obra *Los proscritos* como «los hijos pre-dilectos de la nación», unos seres «que obedecen a la secreta llamada de la sangre y del espíritu» (von Salomon, 1966: 31). No es de extrañar, por tanto, que entre los productos intelectuales más interesantes

de esta generación haya que contar la literatura de guerra. Sin ninguna duda, el ejemplo más fascinante de ello lo constituye la novela autobiográfica de Ernst Jünger *Tempestades de acero*, publicada en 1920. La obra fue revisada hasta seis veces por Jünger, y cada versión posee unos matices diferentes con los que el autor trató de adaptarla al contexto político del momento (Sánchez Pascual, 2015). En la tercera versión, publicada en 1924, Jünger añadió el siguiente párrafo como conclusión de su novela, reivindicando de manera muy obvia el elemento nacionalista: «aunque la violencia del exterior y la barbarie del interior se amontonen formando oscuras nubes, mientras en la oscuridad brillen y flamen las espadas habrá que decir: Alemania está viva, Alemania no perecerá». En la quinta versión, de 1935, Jünger se preocupó sin embargo de eliminar cualquier contenido que hiciera su obra susceptible de ser utilizada políticamente por los nazis, de los que se había ido separando a lo largo de los años treinta hasta que en 1942 el régimen prohibió la publicación de sus obras. Sea como fuere, la totalidad de la obra reviste una evidente exaltación de los valores bélicos, y constituye un impresionante testimonio de la forma en que se gestó el carácter de aquellos que a partir de 1919 comenzarían a configurar la revolución conservadora. Para Jünger, es justamente en estos hombres que dieron su vida por Alemania donde se deja ver una fuerza que espiritualiza la ferocidad de la guerra. He aquí ese «gusto por el peligro en sí mismo», ese «caballero afán de salir airoso de un combate», que constituirá un ingrediente fundamental del carácter psicológico de los revolucionarios de derechas (Jünger, 2015).

Esa estirpe de guerreros sobrevivió a la guerra, y es quizás en la novela autobiográfica publicada por Ernst von Salomon en 1930 *Los proscritos* donde mejor puede verse el clima político que vivió Alemania tras la firma del tratado de paz. «La guerra ha terminado», dice von Salomon, «pero los guerreros siguen marchando». Von Salomon se había alistado a los *Freikorps* en 1919. Su obra narra con la autoridad que ofrece la primera persona del singular el proceso de fermentación de las diversas asociaciones políticomilitares ultranacionalistas surgidas durante los tempranos años veinte. A diferencia de Jünger, que tras la Gran Guerra fue ante todo un teórico, von Salomon fue desde una edad temprana un agitador político, y participó en algunos de los principales actos de terrorismo político contra el régimen democrático sucedidos durante los años veinte, entre ellos el fallido golpe de Estado de Kapp (1920) y el tristemente exitoso asesinato de Walther Rathenau (1922). La novela de von Salomon ilustra bien la tensa relación existente entre el régimen republicano y el ejército alemán, paulatinamente menguado como consecuencia del Tratado de Versalles.

Al margen de estos ejemplos de literatura bélica, los nacional-revolucionarios también produjeron, por supuesto, escritos de naturaleza programática. Un testimonio especialmente revelador de este estadio lo constituyen los artículos de publicidad política escritos por Ernst Jünger durante los años 20. Jünger define en estos textos el nacionalismo como «la creencia en la fuerza vital (*Lebenskraft*) de la nación», entendida ésta a su vez como una gran «comunidad de destino» (*Schicksalsgemeinschaft*) de la que el ser humano se hace partícipe a través del nacimiento (Jünger, 2001c). «Ser nacionalista», dice Jünger, «significa establecer la idea de la nación como un valor superior, al que el resto de valores están subordinados». A diferencia de las comprensiones ilustrada y republicana de la nación, cuyo ingrediente fundamental había sido la participación efectiva del pueblo en los procesos de formación de la voluntad, Jünger no cree que la nación esté conectada con construcciones espirituales de naturaleza abstracta, sino únicamente con las grandes y misteriosas corrientes de la sangre. La revolución nacionalista, definida como un «acto de refrescante anarquía» (Jünger, 2001d), quiere representar los valores de la vida con medios guerreros y masculinos.

Como se puede ver, en estos artículos, publicados todos ellos en las revistas de difusión habituales de los nacional-revolucionarios, Jünger hace uso de las herramientas típicas de la publicidad política. No sería justo, desde luego, medir su programa filosófico-político atendiendo únicamente a sus textos literarios y publicitarios. Más razonable parece, en este sentido, echar un vistazo al que constituye su libro más importante sobre esta cuestión: *El trabajador*, publicado en 1932. Esta obra constituye el intento de perfilar los rasgos de una nueva figura, un nuevo tipo humano encargado de realizar una forma política totalmente nueva. A esta nueva figura Jünger le da el nombre de «trabajador». El espíritu propiamente alemán, que logrará sacudirse los lastres invasores del liberalismo, queda encarnado en esta figura. Ahora bien, el trabajador ha surgido de las entrañas del mundo burgués, lo cual explica que hasta el momento sus reivindicaciones hayan estado contaminadas por el lenguaje de la burguesía. En este sentido, la noción de trabajador hace referencia a algo diferente de lo que llamamos «proletariado». De lo que se trata, así pues, es de ver en el trabajador, en su forma no pervertida por su alimentación burguesa, un nuevo resurgir para Alemania (Jünger, 1990).

Esta tesis resulta del mayor interés si la leemos desde la perspectiva de los teóricos marxistas de los años treinta. Durante esta misma época la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt se esforzaba por desarrollar una teoría del fascismo encargada de explicar en qué sentido la nueva cosmovisión nacional-autoritaria, a la que Marcuse denomina «realismo heroico-popular» (Marcuse, 1968a), lograba canalizar el sufrimiento de la clase obrera hacia fines anti-ilustrados como el sacrificio de la felicidad en pos del pueblo, la glorificación del caudillo o el odio hacia los enemigos de la nación. Semejante estrategia conseguía, tal era

la crítica ideológica de estos teóricos, mantener en estado de latencia la tensión entre clases (Horkheimer, 1963). En la argumentación de Jünger no resulta desde luego difícil identificar justamente esta forma de ideología: lo que importa ya no es mejorar la vida material del trabajador, sino otorgar a su miseria un sentido supremo. En el estilo propio de la crítica de la cultura de derechas, Jünger abomina de la forma de vida burguesa y sus características típicas. El rechazo del peligro, la búsqueda de seguridad material, la obsesión por la economía y los fundamentos racionalistas se le aparecen como rasgos patológicos pequeñoburgueses enfrentados al trabajador. Esa dialéctica de la Ilustración de acuerdo con la cual la culminación del universo burgués-capitalista termina por conducir a un resurgir de lo elemental y absurdo, una dialéctica contemplada por Adorno y Horkheimer con el mayor de los espantos (Adorno y Horkheimer, 2009), es vista por Jünger como el feliz proceso a través del cual surgen por fin fuerzas elementales contrarias a la razón (Jünger, 2009). Asimismo, la reivindicación de la felicidad y la satisfacción general de las necesidades, que Marcuse emprendía en sus estudios sobre el hedonismo (Marcuse, 1968b), son rechazados en este punto con la mayor dureza. No es la felicidad, sino la conciencia de obediencia, la renuncia y la disposición al sacrificio lo que debe caracterizar al trabajador: «la más honda felicidad del ser humano consiste en ser sacrificado, y el arte supremo de mandar consiste en señalar metas que sean dignas de sacrificio» (Jünger, 1990: 76). La nueva “enseñanza revolucionaria” ha de basarse así pues en la “cría” de un nuevo tipo humano con rasgos viriles, obedientes y disciplinados. Para semejante tarea pedagógica, la revolución conservadora siempre vio en el movimiento *Bündisch*, es decir, en las ligas juveniles, la herramienta mejor. No es de extrañar por tanto que el cuarto grupo de la revolución conservadora reciba precisamente este nombre.

4.4. El grupo de los *Bündischen*

El adjetivo alemán “bündisch” proviene del sustantivo “Bund”, que podemos traducir al español como “liga”, “asociación” o “alianza”. El grupo de los *Bündischen* refiere a todo un conjunto de ligas juveniles que mantuvieron durante los años veinte y treinta un estilo de vida propio. A mediados de los años veinte existían en Alemania alrededor de 1.000 grupos que podían ser considerados como parte de la *Bündische Jugend* (Harvey, 2007; Consejo Nacional de Organizaciones Juveniles de la República de Weimar, 1932). Estas ligas, entre las que podemos mencionar la *Bund deutscher Neupfadfinder* o la *Deutsche Freischar*, fueron herederas de las antiguas *Wandervögel*, unas asociaciones juveniles de excursionistas, a menudo de orientación nacionalista, que triunfaron durante la época Guillermina. El objetivo de las excursiones era dotar a los jóvenes urbanos de contacto con el campo, ejercicio físico y la experiencia de camaradería dentro de un grupo de edad dirigido por un líder también joven. Durante los años veinte, la *Bündische Jugend* prosiguió este proyecto, si bien reforzó el carácter organizado de las diversas *Bünde*. Tanto las antiguas *Wandervögel* como las nuevas ligas juveniles poseían canciones marciales propias, uniformes de corte militar, emblemas, ritos y formas sistematizadas de entrenamiento deportivo y militar.

Aunque el deporte y el contacto con la naturaleza constituyan elementos importantes, el adoctrinamiento ideológico estuvo también presente en las ligas juveniles incluso antes de la aparición de las *Hitler Jugend*. En todas ellas la obediencia hacia la figura del líder fuerte jugaba un rol decisivo, que predisponía a los jóvenes alemanes a lo que a comienzos de los años 50 Adorno analizaría en términos de una “personalidad autoritaria” (Adorno, 1983). El movimiento *Bündisch* estaba asociado con un código de conducta basado en valores como la abstinencia, la disciplina, la camaradería, el sacrificio o la segregación por sexos. A partir de las crisis económicas y políticas transcurridas entre los años 1929 y 1933, el carácter relativamente no partidista del movimiento empezó a diluirse, y los dirigentes de las diversas *Bünde* fueron presionados para tomar posturas bien definidas (Harvey, 2007: 114). Durante los últimos años veinte y principios de los treinta surgieron formaciones paramilitares movilizadas en las calles que, como en el caso de las SA, eran hostiles a la República. Finalmente, la naturaleza pluralista que caracterizó al movimiento durante la República de Weimar quedó sepultada con el cambio de régimen. El partido nazi liquidó ya en 1933 la mayor parte de estas ligas, haciendo de la *Hitlerjugend* la organización juvenil oficial del Estado. Como se hizo evidente en el transcurso de los años treinta, esta organización no resultó ser sino un instrumento del régimen para poner a la juventud al servicio de la política expansionista de Alemania.

4.5. El grupo del *Landvolkbewegung*

El *Landvolkbewegung* o “movimiento campesino”, liderado por personalidades como Claus Heim o Bruno von Salomon (el hermano del nacional-revolucionario Ernst von Salomon), cumplió también, como el movimiento de asociacionismo juvenil, un rol importante dentro de la revolución conservadora. Aunque, como es sabido, el campesinado ha sido movilizado tanto para fines reaccionarios como progresistas, es evidente que históricamente ha jugado más frecuentemente el papel de una fuerza de conservación de lo existente y de rechazo del cambio. No podría, desde luego, ser de otra manera, pues el cambio, el así llamado progreso (Jaeggi, 2023), a menudo ha estado vinculado con la destrucción de aquello que precisamente constituye el núcleo de la forma de vida campesina: la relación con la tierra, el paisaje, la tradición

y las costumbres. Sin duda, fue el deterioro de las condiciones de trabajo de la población campesina, consecuencia de la hiperinflación y la gran depresión económica, lo que motivó la aparición de un movimiento relativamente bien organizado y homogéneo (Von Salomon, 1932). Entre los años 1927 y 1931 los precios de productos como la carne de cerdo, el centeno o la carne de vacuno cayeron de forma drástica, ocasionando la organización de importantes movilizaciones masivas durante el año 1928 (Kuropka, 2017).

Como ahora podemos ver con facilidad echando la vista atrás hasta Oswald Spengler, los principales autores de la revolución conservadora mostraron siempre una simpatía obvia hacia la población rural, pues en ella quedaba representado justamente lo contrario de lo que los revolucionarios de derechas más odiaban: frente a la figura del urbanita desconectado de sus raíces, ocioso, decadente y comprometido solo con la satisfacción egoísta de sus intereses se alzaba ahora la imponente bandera negra del movimiento campesino. Compuesta por un arado blanco atravesado por una espada roja, esta bandera representó durante los últimos años veinte el símbolo de una lucha que, inspirada por el pesimismo cultural y el nacionalismo, podemos calificar como estrictamente *reaccionaria*.

5. Conclusiones

Este breve recorrido por el significado, los orígenes y los grupos integrantes de la revolución conservadora nos pone ante la conciencia una constelación de autores que, más allá del evidente ostracismo al que se vieron conducidos tras la derrota del fascismo, constituye un episodio relevante en la historia de la filosofía política del siglo XX. Al margen de Ernst Jünger, cuyo talento literario le ha garantizado una pervivencia relativamente amplia, el único autor absolutamente presente en el panorama filosófico contemporáneo es paradójicamente el que más explícitamente vinculó su destino con el destino del nacionalsocialismo. Debido a su prolífica y profunda producción científica, y debido también a ciertas particularidades que lo hacen difícilmente encuadrable en ninguno de los cinco grupos diferenciados por Armin Mohler, este autor es precisamente el único que no he abordado en este trabajo. Me refiero, naturalmente, a Carl Schmitt. Las reflexiones de Schmitt en torno a la naturaleza de la política, así como sus consideraciones sobre la teología política y el decisionismo, conducen de forma directa a la legitimación de un Estado autoritario que el autor vio felizmente realizado en el año 1933. El monarca absoluto reivindicado por Joseph de Maistre o Louis de Bonald en el contexto de la contrarrevolución es traducido, por vía de Juan Donoso Cortés y su apología de la dictadura, en la figura de un *Führer* al que Schmitt puede poner ya nombre propio en 1933. Schmitt ha encontrado en el nacionalsocialismo la forma de Estado anhelada durante los años de la República de Weimar, y en Adolf Hitler al arquitecto de una nueva legalidad alemana que, en sí misma, no está ya sometida a más legalidad que la que él mismo proclama en tanto “garante del derecho” (Schmitt, 2001).

Las relaciones entre la revolución conservadora y el nacionalsocialismo no fueron, sin embargo, tan claras en todos sus miembros. En el caso de autores como Oswald Spengler o Arthur Moeller van den Bruck hubo desde el principio una hostilidad y rechazo directo a la figura de Hitler. Otras personalidades importantes, como Ernst Jünger, mantuvieron una posición mucho más ambivalente. Si bien durante los años veinte Jünger depositaba grandes esperanzas en el nacionalsocialismo como movimiento capaz de realizar históricamente las aspiraciones de la revolución conservadora, con el triunfo del partido en 1933 comenzó un proceso de alejamiento progresivo, que le condujo a rechazar un asiento en el *Reichstag* en 1934. Sus obras, que inicialmente habían causado una gran impresión en el propio Hitler, fueron finalmente prohibidas por el régimen. Con el triunfo de 1933 algunos miembros de la revolución conservadora aprendieron a vivir, siquiera de forma resignada, dentro de la nueva Alemania, mientras que otros se exiliaron o incluso fueron asesinados por el propio régimen, como fue el caso de Edgar Julius Jung. A pesar de estas ambivalencias, parece claro, tal y como afirma Greiffenhagen, que la revolución conservadora y el nacionalsocialismo han de ser ubicados en el mismo contexto filosófico y político, a saber, en el marco de «la alta estima por la autoridad y la disciplina, las críticas afiladas al proceso de civilización, a la democracia parlamentaria y a la sociedad pluralista, y la creencia profunda en el efecto homogeneizante de la *Volksgemeinschaft*» (Greiffenhagen 1979: 617).

Sea como fuere, las posiciones defendidas por la revolución conservadora, e incluso el *léxico* que utilizaron sus miembros para articular estas posiciones, perdieron su legitimidad y credibilidad epistémica con la derrota militar del fascismo en 1945. Después de la Segunda Guerra Mundial las principales figuras del movimiento quedaron relegadas al ostracismo académico y personal⁴, y el modelo político por ellos defendido durante las décadas anteriores quedó literalmente proscrito. Síntomático de este radical viraje es que el propio término “conservador” prácticamente desapareciera del vocabulario político alemán

⁴ Un caso paradigmático es el de Carl Schmitt. Cuando acabó la Guerra, Schmitt fue expulsado de la universidad alemana y condenado al ostracismo hasta su muerte en 1985. De forma poco sorprendente, el país en el que más reconocimiento y acogida recibió después de 1945 fue la España franquista, a la que acudió en repetidas ocasiones para pronunciar conferencias. El proceso de desnazificación de la academia alemana, sin embargo, fue en muchos otros casos tan ambiguo como lo fue en otras esferas de la vida pública como la judicatura o la política. Véase para esto, por ejemplo, Arendt, 2006.

entre 1945 y 1960, empleando en su lugar sustitutos funcionalmente útiles como el de “democracia cristiana”. Fue tan sólo a comienzos de la década de los sesenta cuando se acuñó una nueva etiqueta bajo la que cae lo que yo presenté, en el primer punto de este trabajo, como la cuarta y última fase del pensamiento filosófico-político conservador: el neoconservadurismo.

6. Referencias bibliográficas

- Adorno, T. W. (1983). *The authoritarian personality*. WW Norton & Co.
- Adorno, T. W. y Horkheimer, M. (2009). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalén*. Madrid: Debolsillo.
- Benoist, A. (2018). “Foreword to the English Edition”. En Mohler, A. *The Conservative Revolution in Germany. 1918-1932*. Washington Summit Publishers.
- Burke, E. (2016). *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. Madrid: Alianza.
- Consejo Nacional de Organizaciones Juveniles de la República de Weimar (1932). “Sonderheft: Jugendverbände in der Krise der Gegenwart”. *Das Junge Deutschland*, 26(5), 125-154.
- De Bonald, L.-A. (1988). *Teoría del poder político y religioso*. Madrid: Tecnos.
- De Maistre, J. (2015). *Consideraciones sobre Francia*. Madrid: Escolar y Mayo.
- Donoso Cortés, J. (2014). *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Epublibre.
- Dubiel, H. (1993). *Qué es neoconservadurismo*. Barcelona: Anthropos.
- Fernández, A. (2006). “Introducción”. En Moeller van den Bruck, A. *El Tercer Reich*. CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Freyer, H. (1931). *Revolution von rechts*. Jena: Diederichs Verlag.
- Greiffenhagen, M. (1979). “The dilemma of conservatism in Germany”. *Journal of contemporary History*, 14/4, 611-625.
- Hare, L. J. y Link, F. (2019). “The idea of *Volk* and the origins of *völkisch* research”. *Journal of the History of Ideas*, 80(4), 575-596.
- Harvey, E. (2007). “Autonomía, conformidad y rebelión: movimientos y culturas juveniles en Alemania en el periodo de entreguerras”. *Hispania. Revista Española de Historia*, LXVII (225), 103-126.
- Hofmannsthal, H. von. (1977). “Europa”. En *Prosa IV*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag.
- Horkheimer, M. (1963). *Studien über Autorität und Familie*. Lüneburg: Dietrich zu Klampen Verlag GbR.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (2009). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Honneth, A. (2017). *La idea del socialismo*. Buenos Aires: Katz.
- Jaeggi, R. (2023). *Fortschritt und Regression*. Berlín: Suhrkamp.
- Jünger, E. (1990). *El trabajador*. Barcelona: Tusquets.
- Jünger, E. (2001a). “Revolution und Frontsoldaten”. En Jünger, E. *Politische Publizistik [1919-1933]*. Stuttgart: Klett-Cotta, 57-63.
- Jünger, E. (2001b) “Wesen des Frontsoldatentums”. En Jünger, E. *Politische Publizistik [1919-1933]*. Stuttgart: Klett-Cotta, 66-71.
- Jünger, E. (2001c). “Der Nationalismus”. En Jünger, E. *Politische Publizistik [1919-1933]*. Stuttgart: Klett-Cotta, 186-190.
- Jünger E. (2001d). “Die Nationalistische Revolution”. En Jünger, E. *Politische Publizistik [1919-1933]*. Stuttgart: Klett-Cotta, 213-216.
- Jünger, E. (2015). *Tempestades de acero*. Madrid: Austral.
- Kaufmann, S. y Urs Sommer, A. (Eds) (2018). *Nietzsche un die Konservative Revolution*. Berlin: Walter de Gruyter GmbH.
- Koehne, S. (2014). “Were the National Socialists a *Völkisch* Party? Paganism, Christianity, and the Nazi Christmas”. *Central European History*, 47, 760-790.
- Kuropka, J. (2017). “Radikale im ländlichen Raum. Zur Landvolkbewegung 1928 bis 1933”. In: Kürschner, W. (Hg.) *Der ländliche Raum. Politik – Wirtschaft – Gesellschaft*. Berlin, 143-156.
- Mann, T. (1921). “Zum Geleit”. En *Süddeutsche Monatshefte*, 18.
- Mann, T. (1978). *Consideraciones de un apolítico*. Barcelona: Grijalbo.
- Mannheim, K. (1953). “Conservative Thought”. En Mannheim, K. *Essays on Sociology and Social Psychology*. New York: Routledge, 1953.
- Marcuse, H. (1968a). “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”. En Marcuse, H. *Cultura y Sociedad*. Buenos Aires: Sur, 15-44.
- Marcuse, H. (1968b). “A propósito del hedonismo”. En Marcuse, H. *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Sur, 97-126.
- Moeller van den Bruck, A. (2015). *El Tercer Reich*. CreateSpace Independent Publishing.
- Mohler, A. (2006). *Die Konservative Revolution in Deutschland. 1918-1932*. ARES Verlag.
- Ortega y Gasset, J. (2011). “Proemio”. En Spengler, O. *La decadencia de Occidente*. Vol. I. Madrid: Austral.

- Ramas San Miguel, C. (2019). "La idea de Europa de Hugo von Hofmannsthal (1914-1927) en el contexto de la Revolución Conservadora". *Revista de An. del Sem. de Historia de la Filosofía*, 36(2), 461-476.
- Sánchez-Pascual, A. (2015). "Nota aclaratoria". En Jünger, E. *Tempestades de acero*. Madrid: Austral.
- Spengler, O. (2011). *La decadencia de Occidente*. Madrid: Austral, vol. I.
- Schmitt, C. (2001). "El Führer defiende el derecho". En H. Orestes Aguilar, *Carl Schmitt. Teólogo de la política*. México: FCE.
- Schmitt, C. (2013). "Teología política I. Cuatro capítulos sobre la doctrina de la soberanía". En *Teología política*. Madrid: Trotta.
- Von Beyme, K. (1985). "El conservadurismo". *Revista de estudios políticos*, 43, 7-44.
- Von Hofmannsthal, H. (1927). *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation*. En *Reden und Aufsätze III*. Frankfurt am Main: S. Fischer Verlalg, 24-41.
- Von Salomon, E. (1932). *Die Stadt*. Rowohlt.
- Von Salomon, E. (1966). *Los proscritos*. Barcelona: Luis de Caralt.